

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 205

25 cts.



¡GALLEGUITA!...

POR
EMILIA VIDALI,
MARIO PAPPAGHOLI, etc.
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración / Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 205

¡Galleguita!...

Cine-espectáculo argentino. Pinceladas de la vida novelesca porteña. Sentimental producción, interpretada por la bellísima actriz cinematográfica argentina y eximia cantante, EMILIA VIDALI, secundada por el prestigioso actor italiano MARIO PARPAGNOLI, que fué el galán de las cintas interpretadas en otro tiempo por Francesca Bertini :

Asunto y dirección de MARIO PARPAGNOLI, quien lo presenta en toda España.

EDICIÓN

BUENOS-AIRES FILM

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
RENÉE ADORÉE



¡Galleguita!...

Argumento de la película

¡Anehos caminos de América!... ¡Aguas que mecen el sueño febril de los sedientos de vida mejor; horizontes que acariciaron y escrutaron todas las razas de la tierra!... ¡Cuántos sueños forjados al arrullo de estas aguas fueron interrumpidos en mitad del viaje!... ¡Cuántos corazones se rompieron de ansiedad antes de llegar a la fuente que calmaría su sed!...

El trasatlántico se deslizaba tranquilamente sobre las olas espumeantes que se rompían al besar con ímpetu sus flancos.

Los emigrantes, entristecidos por la añoranza de las lares que abandonaban con ánimo de volver a verlas ya ricos—y, tal vez, para no contemplarlas nunca más—, permanecían quietos sobre el puente, paseando su vista por las aves marinas que revoloteaban sobre sus iluminadas cabezas.

Los jóvenes, impulsados por el afán de ser algo en tierras lejanas, en esas tierras de promisión con que se sueña en las primeras etapas de la vida, ansiaban llegar al término de su aventura, para ver pronto realizados sus entusiasmos. Los viejos, los hombres maduros, iban al destierro en busca de alivio a sus fracasos en su tierra... algunos a olvidar sinsabores sin cuento... otros a regenerarse en una vida de constante trabajar, sin otra ambición que la noble de borrar las huellas de errores al fin reconocidos.

Y aquí principia nuestra historia, que es una página de lágrimas disimulada a veces con una trivial sonrisa...

El espectáculo del mar tornóse sombrío... Una madre había muerto y la orfandad acongojaba ya el alma de una muchacha que viajaba hacia el país soñado... El dolor mordía su carne joven. El rincón de la lejana tierra perdía un rumor más de alas... Y ahora, ¿qué iba a ser de ella, al quedar sola en el mundo? ¡Sola! ¡Sin su madrecita! A su atribulada mente acudió la remembranza de una triste canción.

La infeliz encogióse amedrentada por la negra visión que parecía despuntar en lontananza, y a pocos pasos suyos desarrollábase la im-

ponente escena de dar sepultura al cuerpo sin vibración de la que fué su amparo desde que vió el mundo. Varios marineros apoderáronse del rígido envoltorio blanco, y, poseídos de intensa emoción, lo arrojaron al agua después de la ceremonia de ritual. Luego, postrándose de hinojos sobre cubierta, frente al inmenso lecho líquido en cuyo fondo iba a reposar la desventurada madre, oraron por su alma, con fervor de familiares, de hijos, acaso...

Un muchacho, que cerea de allí había presenciado la dolorosa despedida de la difunta, no pudo combatir el temor de que a su adorada madre le sucediera lo mismo durante su ausencia, y rasgueando suavemente una guitarra, que se llevara de su hogar por compañera, exhaló suspiros de cariño rociados de lágrimas:

¡Madre!

No hay cariño más sublime

Ni más santo para mí...

El barco entero, como contagiado de la tristeza de los infortunados, seguía su ruta en silencio.

Pasaron días y más días, y siempre paisajes... Embriagábase el corazón de mar y cielo,

y, al fin, América apuntó como un país de encantamiento.

He aquí Río de Janeiro, rincón dorado, donde anida la maravilla y que pone suavidad y dulzura en la mirada dolorosa del que le mira...

Henos ya a Santos... otro sitio acariciado por la mano de la naturaleza, y que alegra los sueños de los argonautas...

Ya faltaba poco para llegar a Buenos Aires. El corazón de los tripulantes del soberbio trasatlántico saltaba en la pobre caja del pecho. Montevideo asomó rasgando los impalpables velos de la bruma.

El mar había sido un sedante para el dolor de la huérfana. Además, era joven y había en su alma mucha sed de vida. La juventud es egoísta y pronto cicatriza las heridas.

Por añadidura, no estaba ahora sola. La tercera de los grandes trasatlánticos, por lo mismo que es triste, realiza el milagro de unir las vidas desamparadas. Ella tenía un amigo; era de otro país, se llamaba Floridoro, y bastaba su cara para provocar una sonrisa en la carita sin besos de Maruja.

De alma sencilla e ingenua, Floridoro se había convertido en la compañía consoladora de la afligida huérfana. Una viva simpatía los había unido durante el resto del viaje. El pro-

vincianò se mostraba íntimamente ufano de codearse con la gentil muchacha, por la que, además de extraordinario interés porque la sabía desgraciada, sentía un sincero afecto que partía del corazón. No abrigaba, ni mucho menos, esperanzas de enamorarla, pero, en su exquisita sencillez, se contentaba con estar enamorado de ella... desinteresadamente. Su sentimiento venía a ser algo así como admiración de ser inferior a ser superior.

De pronto, en la raya del camino despuntó Buenos Aires, ese monstruo de hierro y piedra, enigma dorado que atrae como una luz inmensa a todas las mariposas del mundo.

A poco el vapor atracó en el muelle de la ansiada meta.

Maruja, ayudada por Floridoro, puso pie en la tierra de sus anhelos, y su pensamiento voló hacia la adorada desaparecida, que tanto afán tenía de pisarla...

Ya en la ciudad, Maruja echó por su lado, en busca de humilde albergue y esperanzada de luchar con éxito por la vida; y Floridoro hizo lo propio.

Por una de las innumerables calles andaba ella con sus ropitas del terruño lejano, pero con la ambición pintada en sus lindos ojos mo-

ros, cuando un hombre, al fijarse en sus encantos, le murmuró, sin recato:

—Rica, no baje así los ojos, que me da frío con los párpados y mueren muchos de gripe.

Maruja tuvo miedo de ese hombre, y apretó el paso. Al extremo de una calle distinguió a Floridoro, y llamóle apresuradamente.

El reencuentro de los dos compañeros de viaje fué sumamente grato para ambos. Floridoro comprendió los peligros que corría la preciosa muchacha, y decidió ampararla hasta que estuviese instalada en algún buen sitio.

Pero Maruja no encontraba trabajo, y como sus ahorros eran escasos, se vió obligada a alquilar una modestísima habitación en una dudosa casa de huéspedes.

A Floridoro le quedaba algún dinero, y gustoso se disponía a sacrificarlo por el bienestar de Maruja, confiando en que él, siendo hombre y joven, no se moriría de hambre, mas he aquí que el destino quiso gastarle una broma pesada, darle una dura lección para que en adelante no anduviera por el mundo con los ojos cerrados.

Sucedió lo siguiente:

Floridoro hallábase frente a una administración de lotería, curioseando en el escaparaté, cuando un buen señor, de cincuenta para

arriba, se le acercó tímidamente, y le dijo:

—Mire *ozté*, señor, soy *anarfabeto* y quisiera saber si es cierto, como me han dicho, que este billete está *premiado* con cien pesos.

Floridoro se dispuso a complacer al desconocido, y al comprobar que, en efecto, el billete había sido agraciado con un premio, no de cien pesos, sino de mil, fué presa de una mala idea, y decidió hacer un buen negocio, mereciendo disculpa su mala intención si se tenía en cuenta que él necesitaba dinero para proteger a Maruja. Disimulando su codicia, respondió:

—Si me *alcanzaro* el *vento* te lo voy a *descantare*, galleguito.

Sacóse Floridoro un pañuelo de bolsillo, desató uno de sus extremos, y contando sus ahorros, vió que éstos llegaban a cien pesos, con los que pagó el billete.

El buen hombre, de aire humilde, agradeció mucho la amabilidad del servicial joven, guardándose el dinero en el bolsillo.

—Dios bendiga a *ozté*, señor, y crea que de verdad es muy triste ser *anarfabeto*.

Tras esto, desapareció más que de prisa.

Entonces, Floridoro, ignorando que acababa de ser víctima de un timo, entró en la administración para que le hicieran efectivo el

billete premiado, y se llevó el chasco fácil de suponer. ¡Demonio! ¡Le habían dejado sin un centavo! ¡Qué sería de él! ¡Qué, de Maruja!

En tanto, ésta, apremiada por la dueña de la pensión, una mujer prototipo de las celestinas, suplicaba:

—Señora, ¿tendría usted la bondad de esperar un poco?

La patrona no se negó, y después de pronunciar algunas palabras cuyo significado Maruja no podía comprender, entró de plano en el terreno de la maldad.

—Eres una tontuela... Si tú quisieras, podrías pagarme ahora mismo, y hasta comprarte zapatitos dorados y medias de seda.

—No... no... No tengo dinero... No tengo ocupación alguna...

—Sin hacerte mala sangre, preciosa, podrías solucionar tu vida. Mira... Ha venido a visitarme un amigo mío, que daría cualquier cosa por una sonrisa tuya...

—No... no... Yo no quiero nada de nadie... Quiero ganar lo que me haga falta con el sudor de mi frente... Yo sé coser... Yo sé lavar... Puedo emplearme en lo que sea...

La patrona ya no la escuchaba. Creía llegado el momento de introducir al amigo en

el cuarto de Maruja, y lo había ido a buscar con tal objeto.

Todo lo tenía preparado aquella mujerzuela, de sonrisas falsas, que vivía en un ambiente de vicio y ruindad.

Al ver ante sí a un hombre, de aspecto altamente repugnante, odioso con su cabeza monda y sus ojos en que se reflejaba la hipocresía, Maruja se sobresaltó y trató de alcanzar la puerta, por la que la dueña de la casa acababa de desaparecer incitando con la mirada al "amigo" a lanzarse sin temor a la rendición de la infeliz.

—¡Por favor!... ¡Déjeme usted salir!... ¿Por qué vino usted aquí?

—¿Per qué se pone así? ¿Le da vergüenza? Yo no voy a ser malo con *vos*. Voy a ser *careñoso* como un padre, ¿me entiende? ¿Per qué no me sonrío? ¡Me gusta tanto cuando la *moquiere* muestra los dientes!

—¡Oh, Virgencita! ¡Apártese, miserable!

El lascivo sujeto intentaba apelar a la violencia para someter a su capricho a la desamparada muchacha, pero ésta, al fin, sacando fuerzas de flaqueza, pegó un fuerte golpe en la cabeza al vil seductor, y pudo huir a la calle, dejando tendido, sin conocimiento, en el cuartito, al villano.

Corrió como si huyera de un gran peligro. Y cansada, temerosa de la soledad y del liviano delito, su corazón era una perdida paloma que bien podría tomar el primero que lo intentase.

Y se cruzó en su camino un joven, que le habló con dulzura, brindándole consuelo:



Todo lo tenía preparado aquella mujerzuela, de sonrisas falsas, que vivía en un ambiente de vicio y ruindad.

—Señorita, no tema... Soy un caballero. Si en algo puedo servirla...

Hay momentos en la vida en que a uno le

hace falta desahogar su pena en un corazón que nos parezca bueno. A Maruja se le brindaba la ocasión de hacerlo, y sin desconfiar del joven que de tan fino modo se le expresara, y que se llamaba Juan Alberto, le abrió su dolorido pecho.

—Soy muy desgraciada, señor... Me veo rodeada de enemigos...

El le cogió un brazo con delicadeza, y pronunció:

—Me permitiré acompañarla unos pasos. Es peligroso para una mujer andar sola a estas horas.

Y así, convencida Maruja de haber hallado un buen corazón, le refirió sus desventuras.

Y cuando Juan Alberto supo la historia de la huérfana, no titubeó en darle honestamente su propio lecho para que reposase el cuerpo cansado, y también para que reaccionara aquel espíritu tempranamente abatido...



Pero ¡ay! desconfiemos de aquellos que dicen: "soy un caballero". ¡Juan Alberto había mentido asegurando tal cosa!

Maruja cayó víctima de su credulidad. Ignorante de las tretas del destino, no vaciló en creer a Juan Alberto, y en la fe perdió su pureza.

Desde la noche en que ella entrara en casa del aprovechado sujeto, uno y otro se pertenecían... y ella se resignaba, con la muerte en el alma, a sufrir en silencio en aquella vida fuera de la ley.

Juan Alberto era un perfecto mal hombre. Avezado a toda clase de bajezas, pasábase la vida en los bajos fondos, alternando con la peor gente. Sus aventuras femeninas eran tan diversas como vergonzosas. Desarrollábanse sus actividades malsanas entre quincenarios, y sabía hacer algunos negocios para vivir de sus productos.

Muy aficionado a las carreras de caballos, sucedió que, cuando más necesitado estaba de ganar, perdió en las apuestas el único dinero que tenía.

Aquella tarde, completamente vacíos sus bolsillos, regresó a su casa, donde le esperaba impacientemente la pobre Maruja.

Durante el camino, Juan Alberto había aceptado sin escrúpulos una idea. Sí... Maruja podía ayudarle. Sabía que no faltaba quien la miraba con ojos que brindaban oro, y...

Apenas ella le saludó al llegar, él le dijo autoritariamente:

—Necesito que en el acto le escribas una carta al estanciero, pidiéndole que pase a verte. ¿Me *entendés*?

—¿Qué dices?... ¡Oh!... Yo no quiero saber nada con ese hombre.

—Ha de ser. ¡Pronto!

—He dicho que no.

—¡Yo te voy a enseñar a obedecer, galleguita inútil!

—No me hagas daño, Juan Alberto. Déjame en paz.

—Acata, pues, mi deseo.

—Sabía que eras canalla, pero no tanto.

—¿Así le hablas al hombre que te recogió en las calles? A ver, *escribí* lo que te diga.

—¡He dicho que no quiero tener relaciones con ese hombre, y mucho menos complícarme en ninguna de tus infamias!

—Pero, ¿no ves que estoy sin plata y sólo quiero que el estanciero venga para que deje algo? ¿Acaso no hace tiempo que te sigue? No *pensés* que le voy a hacer algún mal. Me consta que mañana el hombre andará bien forrado.

Maruja, horrorizada, se ocultaba el rostro en sus manos.

—¿Comprendes?... ¿Estás haciendo, acaso, la trágica?—prosiguió Juan Alberto.

—He tratado de agradecer tus atenciones en todo lo que pude, pero no me exijas que caiga tan bajo.

—Déjate de literatura y cumple mi mandato, porque, de lo contrario, podría costarte caro.

—¡No! ¡Nunca!

—¡*Escribí*, o no respondo de mí!

Obligada a ello, Maruja, entregándose, sin conciencia de sí misma, a la fatalidad, escribió lo que el desvergonzado le dictó para el propietario de la casa, hombre de gran fortuna.

Sin embargo, apenas quedó libre, Maruja, recordando dónde podría encontrar a su buen amigo Floridoro, recurrió a su noble corazón para confiarle sus cuitas.

Le halló. El ingenuo provinciano alegróse de volver a verla.

—¿Qué pasa, galleguita?

—Necesito tu ayuda, Floridoro. Yo no quiero ser mala.

—Cuenta... Cuenta...

Y Maruja le confesó lo que Juan Alberto pretendía hacer de ella.

—¡Ah, el mal hombre!—rugió Floridoro.

—Sí, es un demonio de crueldad. Quiero abusar de mí... Pero eso no es todo... porque yo sospecho que él y sus cómplices están tramando un plan contra el estanciero, para saquearle dinero. Yo soy, en este caso, el cebo que Juan Alberto le pone a ese señor para robarle descaradamente. ¡Oh, qué horrible es esto!

—Y ese señor, ¿te conoce?

—Sí... Ya antes de ahora quiso Juan Alberto llevarme a las tabernas donde tiene sus amistades... Pero como él me exigía que aportase ayuda a la casa, me empleé en un puesto de flores. El estanciero me vió allí, y un buen día entró como si le interesara mercar algunas flores, y me dijo, muy respetuoso y galante: "¿Sabe que no sé con cuál flor quedarme, señorita?" Yo me ruboricé, él llevóse un ramillo de violetas, y pagó un buen precio por ellas, que yo entregué intacto a la caja. Juan Alberto se enteró de ello, y como vió un buen filón en el rico caballero, me obligaba a alentarle; mas yo nunca le di ninguna esperanza, a pesar de sus constantes asedios.

Fleridoro escuchaba asombrado la relación de Maruja, y preguntábase cómo era posible que hubiera en el mundo hombres tan perversos como Juan Alberto.

—A un hombre así, en mi pueblo, lo ahor-

caríamos y aun no nos daríamos por satisfechos—no pudo menos de comentar.

Maruja, decidida a obrar, prosiguió:

—Tú puedes ayudarme mucho, Fleridoro. Mira, ve al cafetín donde él se reúne con sus amigos, y trata de enterarte de lo que tra-



—¡Escribí, o no respondo de mí!

man. ¿Quieres prestarme este favor, mi único amigo?

—Es que... ir allí... ¿sabes?... Si me reconoce...

—No tengo a nadie en el mundo más que a ti... ¿Te negarás a protegerme?

—Bien está. Iré. No me importa cualquier peligro...

En efecto, Floridoro, que no tenía nada de valiente, se infundió ánimo, y partió hacia el cafetín frecuentado por el farsante. Llegó oportunamente, pues Juan Alberto, a poco de reunir a sus compinches en torno a un velador, les decía en voz baja, pero que Floridoro pudo oír:

—Mañana vendrá el estanciero a casa. El golpe no podrá fallar. Será un negocito de varios miles.

El amigo leal de Maruja no necesitaba saber más, y satisfecho de su pesquisa, llegó en un santiamén al cuarto de la cuitada, a quien refirió las intenciones de los malvados. Entonces Maruja, alarmada, encargó a Floridoro que fuese a avisar al estanciero, que ella le esperaba en séguida en su casa, para hablarle urgentemente.

El llamado no se hizo de esperar. Ilusionado por la feliz aventura, subió al pisito de Maruja, acompañado de Floridoro, y su sorpresa fué mayúscula al encontrar, en vez de unos brazos amantes, una mujer cuya sonrisa distaba de ser perversa, y que, a poco de

saludarle, rompió a llorar, suplicándole piedad.

—Señor, yo soy una mala mujer... El hombre que me domina me complicaba en una infamia tramada contra usted. Su vida corre peligro. La carta que le escribí, forzada a ello,



...subió al pisito de Maruja, acompañado de Floridoro...

no tenía otro fin que hacerle víctima de un robo. Váyase, señor, y no intente verme más.

El estanciero, emocionado por la generosidad de Maruja, agradecióle su oportuno avi-

so, y, admirándola, bendiciendo su nombre y lastimado su corazón por la evidencia de la desgracia de una mujer tan digna, desapareció, quedando a solas Maruja y Floridoro.

De súbito llegó Juan Alberto. Floridoro, que no tuvo tiempo de salir de la habitación, ocultóse debajo de la cama.

Enterado de la traición de Maruja, Juan Alberto desató su furia contra ella, maltratándola. Floridoro tentado estuvo de salir en su defensa, pero el miedo que se apoderó de él era tan grande, que parecía pegado a las losas.

—¡Vendida! ¡Me la vas a pagar!

—¡Oh, no me hagas daño; yo no quiero ser mala, Juan Alberto! ¡Recuerda, si tienes madre, que yo estoy sola en el mundo!

—¡Te juro que harás lo que yo te mande, o que nunca más se vuelve a hablar de ti!

En aquel momento, Juan Alberto había reparado en Floridoro, y disponiéndose a cogerlo por su cuenta, profirió como un energúmeno:

—Y a ese otro gringuito que se complicó con vos en la traición, le voy a dar su merecido, y van a ser pocos los palos para romperle la cabeza.

Floridoro se despedía ya de este mundo,

pero precisamente porque Juan Alberto estaba demasiado furioso, ciego de ira, no le fué difícil escapar con vida de la revolucionada vivienda.

* * *

Decidido a sacar provecho de Maruja de un modo u otro, Juan Alberto la obligó a aceptar una de las plazas de cantadora en un café de tercera categoría.

—Aquí vas a aprender a ser mujer—le dijo.

Y Maruja, resignada, prefiriendo esta suerte a convertirse en ladrona, actuó como mejor supo, gustando, pues su cuerpo era hermoso y su voz bien timbrada.

Desde su *début*, el café animóse cada día más, y el propietario agradecía a Juan Alberto, no a Maruja, la feliz idea de hacerla trabajar en el tablado.

Una noche, un desconocido instalóse en un velador, solo, y sus ojos no se apartaban un instante de los movimientos que hacía Maruja.

¿Aquellos ojos misteriosos, extraños... vigilaban tal vez... acechaban quizá? ¿Sabía aca-

so aquel hombre quién era Juan Alberto y quería arrancarle su presa?

Esos mismos ojos miraron a Maruja en el trasatlántico, cuando el cuerpo inanimado de la pobre madre era arrojado al agua, su última morada. ¿Quién era ese hombre, que tanto



...la obligó a aceptar una de las plazas de cantadora en un cafetín...

parecía interesarse por Maruja?

Ella no le conocía. A juzgar por su seriedad, su apostura y su simpatía, diríase un hombre bueno y de posición.

Tanta fué la insistencia con que él la miró,

que Maruja tuvo que someterse a su mirada, y como dos chispas que al chocar provocan un fuego inextinguible, se comprendieron en aquel segundo, adivinaron sus almas, porque el amor nace a veces formidable con la sola semilla de una mirada.

Juan Alberto se fijó en la comunión espiritual de Maruja y el desconocido, y temiendo por su presa, miró retador a éste y amenazador a la explotada mujer.

Floridoro, que contemplaba embabiecado cómo Maruja ahogaba el dolor de su corazón en el tablado con la mentira de un tango, sintió de pronto que una mano atrevida se introducía en un bolsillo de su chaleco, con ánimo de desalojarle el reloj. Dióse cuenta de la intención, sonriendo, pues otra vez, al llegar a Buenos Aires, le quitaron otro reloj, mostró dicho bolsillo, en el que, aunque lo parecía por el *châtelain* que pendía de él, no llevaba el objeto que se pretendía robar, dijo al "vivo", socarronamente, señalándole, además, el bolsillo superior:

—*Songo má chorro que ozté, jóvene.*

Y así demostró Floridoro que no hay nada mejor que la vida misma para abrir los ojos a los incautos.

Maruja seguía actuando en el tablado, y el

deseñocido no apartaba un soló instante sus miradas de las de ella.

En la boca de la artista temblaba una rosa roja. ¿Para quién sería esa flor?



¿Quién era ese hombre que tanto parecía interesarle por Maruja?

Juan Alberto presentía lo que iba a ocurrir. No se equivocó. La rosa, lo que era como

un símbolo de su corazón, la arrojó Maruja al desconocido.

Floridoro lamentóse a los que tenía cerca:

—Yo hubiera propiamente *jurado* que *Maruquita* me iba a *dare la fiore a mé*. Parece que me *hane desbancato, per* lo visto.

Pero Juan Alberto no tomaba a broma la acción de Maruja. Había estado observando durante un buen rato al desconocido, y sentía hervir su sangre de despecho. Rápido, al ver que besaba la rosa, se abalanzó a él, pero fué adivinada su idea, y los dos hombres se acometieron con la furia de dos rivales.

—¿Crees que no te reconozco, canalla?—le dijo el desconocido a Juan Alberto, mirándole fijamente, después de apartarlo de Maruja, a la que brutalizaba.

—¿Y vos te crees que me vas a sacar a ésta como me sacaste a Amelia?—contesó Juan Alberto.

Maruja, al oír estas palabras, vió derrumbarse el castillo de ilusiones que forjara en un momento, y huyó del cafetín en dirección a su casa.

El desconocido, zarandeando a Juan Alberto, prosiguió:

—Eres un miserable y no puedo rebajarme a contestarte mostrándote la verdad de mi vi-

da. Tú y todos los que te rodean sois una re-
cua de cobardes.

Los amigos de Juan Alberto pretendieron
ponerse de parte de éste, mas los férreos pu-
ños del desconocido, y la amenaza que les hi-
zo de descargar sobre el primero que se acer-



*En la boca de la artista temblaba una rosa
roja..*

case las sillas que tuviera a su alcance, con-
tuvieron a los cobardes, y el que, acaso, se sen-
tía más valiente que ninguno, aunque se es-

condía, era Floridoro, porque su intención era
absolutamente pacífica.

En tanto, Maruja, desencantada de aquel
hombre, a quien por un instante creyó un co-
razón sano, llegaba a su cuartito dispuesta a
defender su vida... huyendo de esas sombras
para siempre.

El desconocido, renunciando a hacer daño
a Juan Alberto, para no mancharse las manos
con sangre de un cobarde, le perdonó la vida,
que tenía en aquellos críticos momentos a su
merced, a condición de que renunciase para
siempre a Maruja; y luego, dispuesto a con-
fiar la verdad de su vida a la mujer por la
que experimentaba un sentimiento que le lle-
naba el alma de alegría, encaminóse al cuar-
tito donde la infeliz lloraba su desventura, y
cuya dirección se prestó a indicarle el buena-
zo de Floridoro.

Al llegar al pisito, el desconocido recibió la
inconcebible sorpresa de ver a Maruja dispues-
ta a castigarle por haber sabido, con sus dul-
ces miradas, que eran promesas de redención,
ocultar que él era tan vil como Juan Alberto.
Pero aquél apresuróse a calmarla y, a conti-
nuación, le dijo:

—Como no podía dejar a usted con un con-

cepto equivocado de mi persona, no he vacilado en violar esa puerta.

—Por un minuto creí en usted como nunca creyera en nadie, pero bastó un solo nombre de mujer para que todo se derrumbase.

—Comprendo y disculpo su obcecación... No era aquel el momento para explicarme, y quieró hacerlo ahora. Sabrá usted quién es Amelia y quién soy yo. Yo fui un mal hijo. Abandoné a mis padres y cuando regresé supe por una vecina que mi pobre madre había muerto y que Amelia andaba en las garras de un canalla. Y desde entonces, anduve por todos los antros, buscándola. Hasta que una noche, precisamente en ese mismo sitio de infamia donde usted me conoció y en el que no pude menos de ver que estaba usted a la fuerza, reconocí a mi hermana Amelia, a la que no veía desde la niñez. La libré, a riesgo de mi vida, de ese maldito Juan Alberto, y ella es ahora buena y digna, y yo regresé a mi país con la frente serena y la conciencia limpia.

—Pero; después, volvió usted a caer en los turbios ambientes; ¿no es así?—dijo Maruja, interesada por la confesión del joven.

—No, Maruja, no lo hice por satisfacer bajas pasiones, sino por usted.

—¿Por mí?

—Sí; sólo por usted, en quien yo adivinaba un alma martirizada y ansiosa de consuelo, volví a esas cuevas del mal. Yo la conocí en el barco que la trajo a esta tierra... Fué en una ocasión hartó terrible para usted... Ya ve us-



Maruja escuchaba embelesada al hombre que le hablaba de redimirla...

ted que yo conocía su rostro de belleza dolorosa y sabía todas las tristezas de su alma. ¡Bendigo el haberla encontrado! Y si no fuera

por aquel día, yo no estaría aquí ahora, con el corazón lleno de amor.

Maruja escuchaba embelesada al hombre que le hablaba de redimirla, de un futuro sin nubes grises, de un porvenir lo bastante poderoso para combatir el recuerdo del pasado, de un mañana en que las almas, puras, purificarían, al enlazarse para siempre, los cuerpos que sufrieron las crueldades del destino.

Y como Amor flotaba sobre sus cabezas, con suaves besos y dulces caricias pactaron la más esplendente felicidad.

—Seremos dos vidas dentro de un solo corazón—murmuraba él.

Y ella, mojando sus palabras con lágrimas de dicha, rumoreó rozando sus labios:

—¡Quiéreme!... ¡Quiéreme mucho!... ¡Oh, cuánto te amé siempre!

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.



PRÓXIMO NÚMERO:

La novela dramática

El nieto de don Juan

Protagonista: RODOLFO VALENTINO

Sugestivo argumento, de emocionantes escenas.

32 páginas — Numerosas fotografías — 25 céntimos

Postal-fotografía regalo:

Walter Hiers

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles — Precio: 25 cts.





¿Ha leído usted ya el último libro de *Los Grandes Films*,

El Capitán Blood?

Maravilloso asunto - Formidable éxito en el aristocrático *Pathé Cinema* y el gran teatro *Novedades* de Barcelona

64 páginas - Profusión de fotografías - Portada a bicolor - Esmerada presentación - Precio popular: 50 cts.

PRÓXIMOS NÚMEROS :

Más fuerte que su amor

por RODOLFO VALENTINO y GLORIA SWANSON

ELLA... (del CIEC)

Nobleza buturra

(Selecciones Capitolio)

